

lo reconoces: la vida no es más que fuerza; el débil perece fatalmente por ser débil. No existen dos seres iguales, ni en salud, ni en belleza, ni en inteligencia: todo es aleatorio, fruto de la casualidad, del azar, de la selección... ¡Todo sucumbe desde que no existe la santa y elevada justicia!

—Es verdad—dijo Pascual á media voz, como hablando consigo mismo.—La igualdad no existe. Toda sociedad que se base en ella no podrá vivir. Durante muchos siglos se ha creído remediar el mal por medio de la caridad. Pero el mundo ha crujido, y hoy se propone como remedio la justicia... ¿Acaso la naturaleza es justa? Yo la creo lógica. La lógica es tal vez una justicia natural y superior, que va directamente á la suma del trabajo común, á la gran labor final.

—¡Entendámonos!—contestó ella.—¿Hablas de la justicia que aplasta al individuo por el bienestar de la raza, que destruye una especie debilitada para que engorde la especie triunfante?... No, no. Eso es el crimen. No hay más que inmundicia y abominación. El capuchino tenía razón en lo que decía esta tarde en la iglesia: la tierra está dañada, la ciencia no sale del estudio de la podredumbre; es necesario que todos nos refugiamos

en el cielo... ¡Oh, maestro, yo te lo suplico, déjame salvarme y salvarte á ti!

Concluyó por estallar en lágrimas, y el rumor de sus sollozos ascendía, perdiéndose en la pureza de la noche. En vano Pascual trató de apaciguarla; ella dominaba su voz.

—Escucha, maestro; tú sabes lo mucho que te quiero. Tú lo eres todo para mí... Y, sin embargo, de ti proviene este tormento que me ahoga, cuando pienso que no estamos de acuerdo, que estaríamos separados eternamente si los dos muriésemos mañana... ¿Por qué no quieres creer?

Pascual trató de que reflexionase.

—Vamos: estás loca, querida...

Pero Clotilde se puso de rodillas, le asió las manos, y se apretó contra él en aproximación febril. Y lloraba con más fuerza, con un acento de desesperación tal, que parecía estremecerse, allá á lo lejos, la oscura campiña.

—Oye, *él* lo ha dicho en la iglesia... Es preciso cambiar de vida, hacer penitencia, quemar todos los errores pasados: sí, tus libros, tus legajos, tus manuscritos... Haz este sacrificio, maestro; te lo pido de rodillas, y verás la deliciosa existencia que llevaremos juntos.

El doctor acabó por amostazarse.

— ¡Ea, cállate ya: basta de boberfás!

— Sí; tú me oirás, maestro, y harás lo que yo quiera... Te aseguro que soy horriblemente desgraciada, queriéndote aún como te quiero. Falta algo en nuestro cariño. Hasta ahora fué vano é inútil, y yo siento irresistible necesidad de llenarlo con cuanto existe de divino y eterno... ¿Qué puede faltarnos como no sea Dios? ¡Arrodíllate y reza conmigo!

Con un movimiento brusco, Pascual se desasíó de ella, irritado á su vez.

— Cállate; estás desvariando. ¡Te he dejado libre, déjame tú á mí!

— ¡Maestro, maestro!... Yo quiero tu felicidad... Yo te llevaré lejos, muy lejos. Iremos á un desierto, á vivir en Dios.

— Cállate... ¡No, jamás!

Los dos permanecieron un instante cara á cara, mudos, amenazadores. Alrededor de ellos, la Souleide extendía su silencio nocturno, las sombras ligeras de sus olivos, las tinieblas de los pinos y de los plátanos, bajo los cuales se oía la triste canturía de la fuente, y sobre su cabeza parecía que el cielo inmenso, sembrado de estrellas, hubiese palidecido como por estremecimiento súbito, á pesar de estar lejana la hora del alba.

Clotilde levantó un brazo, cual si mostrase el infinito de aquel cielo vibrante. Pero Pascual le volvió á coger la mano con un movimiento rápido, y la oprimió con la suya, inclinándola hacia la tierra. No pronunciaron ni una palabra; estaban fuera de sí, como violentos enemigos. Era el desacuerdo profundo.

Clotilde retiró su mano bruscamente y saltó hacia un lado, á guisa de un animal indómito y fiero que se encabrita; luego corrió, al través de la oscuridad, hacia la casa. Se oyó sobre los morrillos de la era el traqueteo de su menudo calzado, que se apagó pronto en la arena de una calle de árboles. Pascual, desazonado, la llamó con insistencia; pero ella ni oía ni contestaba; seguía corriendo. Lleno de temor, con el corazón oprimido, Pascual se lanzó en seguimiento de la joven, y dobló la esquina del bosque de plátanos á tiempo para verla entrar en el vestíbulo como un huracán. Se coló detrás de ella, subió la escalera, y chocó contra la puerta del cuarto, que Clotilde cerraba en aquel instante, corriendo el pestillo. Una vez allí, el doctor se tranquilizó; contúvose haciendo un gran esfuerzo, resistiendo al ansia de gritar, de llamar, de derribar la puerta para ver á

Clotilde, convencerla y guardarla para sí. Permaneció un momento inmóvil, ante el silencio de muerte de aquella habitación, de donde no salía ni el rumor más leve. Clotilde, tumbada sin duda al través del lecho, sofocaba en la almohada sus gritos y sollozos. El doctor se decidió al fin á bajar para cerrar la puerta del vestíbulo; después, subió nuevamente, por escuchar si oía quejarse á la joven. Era el alba cuando se acostó, desesperado, ahogado por las lágrimas.

Desde entonces se encendió guerra sin cuartel. Pascual se veía espiado, acechado, amenazado. No tenía casa, no tenía hogar: el enemigo estaba siempre presente, haciéndole temerle todo y obligándolo á aislarse. Una tras otra, dos redomas de sustancia nerviosa fabricadas por él las encontró hechas pedazos; y hubo de atrincherarse en su habitación, donde se le oía menear el mortero durante días enteros, sin vérselo ni aun á las horas de comer. No llevaba consigo á Clotilde los días de visita, porque la joven desalentaba á los enfermos con su actitud de incredulidad agresiva.

En cuanto salía, no experimentaba más afán que el de volver pronto, temeroso de encontrarse con las cerraduras forzadas, los

cajones saqueados. Ya no utilizaba á la joven para clasificar ni para copiar sus notas, desde que muchas de ellas habían desaparecido, como si las arrebatase el viento. Ya no se atrevía á encargarla de corregir sus pruebas, desde que averiguó que había cortado un pasaje entero de un artículo que hería la fe católica de la joven.

Clotilde permanecía ociosa, vagando por las habitaciones, viviendo en acecho de una ocasión para atrapar la llave del armario grande. Tal debía de ser su sueño, el plan que alimentaba durante sus largos silencios, mientras permanecía con los ojos relucientes y las manos temblorosas: conseguir la llave, abrir, cogerlo todo, destruirlo todo, por medio de un auto de fe grato á Dios. Algunas páginas de un manuscrito, olvidadas por Pascual en un ángulo de la mesa, mientras se lavaba las manos y se ponía la levita, habían desaparecido, sin dejar más rastro que un montón de cenizas en la chimenea.

Una tarde que el doctor retardó su vuelta á casa, por quedarse al lado de un enfermo, cuando regresaba al oscurecer se apoderó de él un terror loco al ver desde el arrabal una espesa columna de humo negro que ascendía en nubarrones, manchando la limpi-

dez del cielo. ¿Acaso sería la Souleia de entera que ardía, iluminada por la fogata de sus papeles? Pascual avanzó á paso redoblado y no pudo tranquilizarse hasta que vió en un campo vecino una hoguera de raíces, que humeaba lentamente.

¡Atroz sufrimiento el del sabio que se ve amenazado de ese modo, en su inteligencia, en sus trabajos! Los descubrimientos que ha conseguido, las obras que piensa legar, son su orgullo, seres nutridos con su sangre, hijos suyos; y destruirlos, quemarlos, es quemar su misma carne. En este continuo asesinato de su pensamiento, torturaba especialmente á Pascual la idea de que no podía rechazar á aquella enemiga, instalada en su casa, en su propio corazón, y á la cual quería, á pesar de todo. Y encontrábase desarmado, sin defensa posible, sin querer tomar determinación alguna, sin otro recurso que vivir en constante vigilancia.

El cerco se estrechaba por todos lados á su alrededor. Creía sentir las manecitas traidoras deslizarse hasta el fondo de sus bolsillos. No disfrutaba de tranquilidad alguna, ni aun teniendo las puertas cerradas, en la zozobra de si por las rendijas podían sustraerle algo.

—¡Pero pobrecita mía—exclamó un día Pascual—á nadie quiero más que á ti en el mundo, y eres tú quien me matas!... Y el caso es que tú también me quieres; porque me quieres haces eso, y resulta una cosa abominable. Sería preferible terminar de una vez, arrojándonos al agua con una piedra atada al pescuezo.

Clotilde no contestó. Sus ojos valientes decían á las claras que deseaba ardientemente morir en aquel mismo instante, en unión de Pascual.

—Y si yo muriese esta noche, de pronto, ¿que ocurriría mañana?... ¿Vaciarías el armario, vaciarías los cajones, harías un montón con todas mis obras y las quemarías? Sí, ¿no es cierto?... ¿No sabes que eso sería un verdadero crimen, como si asesinaras á alguien? ¡Y qué cobardía más infame, matar el pensamiento!

—¡No!—dijo ella con voz sorda—¡Matar el mal, impedir que se extienda y renazca!

Toda explicación le producía arrebatos de cólera. Los hubo terribles. Una noche que la vieja señora de Rougon entró estando enzarzados en una gresca, quedó sola con Pascual, después que Clotilde huyó al rincón de su cuarto.

Reinó el silencio. A pesar del aspecto compungido que había adoptado la anciana, la alegría brillaba en el fondo de sus ojos relucientes.

—¡Pero tu pobre hogar es un inferno!— exclamó al fin.

El doctor, con un ademán, esquivó la respuesta. Desde el primer momento había comprendido que detrás de la joven estaba su madre, exasperando en ella las creencias religiosas, utilizando aquella levadura de rebelión, para sembrar la discordia en casa de su hijo.

Pascual estaba advertido; sabía perfectamente que aquella mañana misma se habían visto las dos mujeres, y que á ese encuentro, á un reflexivo envenenamiento previo, debía la escena atroz que aún le tenía estremeado. Su madre, sin duda, venía para comprobar los estragos y ver si se precipitaba el desenlace.

—Pues esto no puede continuar así— añadió la anciana.—¿Por qué no os separáis, puesto que ya no os entendéis?... Deberías enviarla con su hermano Máximo, que me ha escrito estos últimos días llamándola de nuevo.

Pascual se irguió, pálido y enérgico.

—Separarnos enojados, ¡ah! ¡no, no! Eso

sería el remordimiento eterno, la llaga incurable. Si ella se va algún día, quiero que podamos querernos desde lejos... Pero ¿por qué se ha de ir? Ni el uno ni el otro nos quejamos.

Felicidad comprendió que se había disparado adelantándose á los sucesos.

—Sin duda, si os divierte regañar, nadie tiene qué oponer... Pero permíteme decirte, criatura, que estoy, en parte, á favor de Clotilde. Me obligas á confesarte que hace poco he hablado con ella; sí, vale más que lo sepas, á pesar de mi promesa de guardar silencio. ¡Pues bien! La chica no es feliz; se queja mucho, y ya puedes figurarte que la he reprendido y aconsejado sumisión completa... Pero acá inter nos, declaro que no te entiendo y creo que pones empeño en perjudicarte.

La señora de Rougon se había sentado, y obligó á Pascual á sentarse también, en un rincón de la sala, muy contenta, al parecer, de tenerle solo y á su disposición.

Otras veces había querido conducirla á una explicación que él había evitado. A pesar de que la señora le acosaba desde hacía algunos años, y el doctor lo sabía todo, continuaba siendo hijo respetuoso, y había ju-

rado no abandonar nunca esta actitud de respeto sistemático. De modo que, cuando su madre abordaba ciertas cuestiones, él se atrincheraba en absoluto silencio.

—Veamos— continuó ella. — Comprendo que no quieras ceder ante Clotilde, ¿pero ante mí...? ¡Si yo te suplicara que hicieses el sacrificio de esos abominables legajos, que están allí, en el armario! Supón, por un instante, que te mueres de repente y que tus papeles caen en manos extrañas; quedaremos deshonrados... ¿Es eso lo que te propones? ¿No? Entonces, ¿cuál es tu objeto? ¿Por qué te obstinas en un juego tan peligroso?... Prométeme quemarlos.

Pascual callaba; pero, al fin, hubo de responder:

—Madre mía, ya se lo he suplicado otras veces; no hablemos de eso... No puedo comprender á V.

—Pero, vamos á ver— exclamó ella.— Dame una razón. No parece sino que nuestra familia te es tan indiferente como aquellas parejas de bueyes que pasan por allá abajo. Sin embargo, tienes nuestra sangre... ¡Oh! Ya sé que haces todo lo posible por disimularlo. Yo misma, á veces, me asombro y me pregunto de dónde saliste tú. Es

feo, muy feo, eso de exponerte así á deshonrarnos, sin que te contenga la idea del disgusto que me causas á mí, á tu madre... Hijito, eso se llama una mala acción.

Pascual se levantó, cediendo por un momento á la necesidad de defenderse, á pesar de su propósito de guardar silencio.

—Es V. dura é injusta... Yo siempre he creído en la necesidad y en la eficacia absoluta de la verdad. Es cierto que no me callo nada, ni mío ni ajeno, porque creo firmemente que no ocultando nada hago el único bien posible... En primer lugar, esos manuscritos no están destinados al público; no son más que notas personales, de las que me sería doloroso desprenderme. Además, yo comprendo perfectamente que no serían sólo esos papeles los que V. quemaría: también mis demás trabajos, ¿no es así? Y esto es lo que yo no quiero, ¿entiende V.? Jamás, mientras viva, se destruirá aquí ni un renglón manuscrito.

Pascual sentía ya haber hablado tanto, pues veía que su madre se le acercaba, estrechándole, obligándole á una explicación cruel.

—Acaba, desahógate, y dime lo que nos echas en cara... A mí, por ejemplo, ¿de qué

me acusas? No será de haberos educado con tanto esmero. ¡Ah, la fortuna es mala de alcanzar! Si hoy disfrutamos algún bienestar, lo hemos ganado con gran esfuerzo. Ya que tú lo has visto todo y todo lo has anotado en tus papelotes, puedes dar fe de que nuestra familia ha prestado más servicios de los que ha recibido. Si no fuese por nosotros, en dos ocasiones, á buenas manos iría Plassans! Y es muy natural que no hayamos cosechado más que ingratitudes y envidias, hasta tal punto, que hoy el pueblo entero se alegraría de un escándalo que nos salpicase de lodo... Tú no puedes querer esto, y yo estoy segura de que justificas la dignidad de mi actitud, después de la caída del Imperio y las desgracias de las cuales Francia no se repondrá jamás.

—¡Deje V. en paz á Francia, madre mía!
—dijo de nuevo Pascual, de tal modo la señora de Rougon le ponía el dedo en la llaga.
—Francia tiene una vida potente, y creo que está en camino de asombrar al mundo por la rapidez de su convalecencia... Seguramente que encierra elementos podridos. Yo no lo he ocultado; tal vez los he evidenciado de sobra. V. no me comprende, si se imagina que creo en el hundimiento final, porque se-

ñalo las llagas y las grietas. Creo en la vida, que elimina sin cesar los cuerpos nocivos, que rehace la carne para cicatrizar las heridas, que conduce á la salud, á la renovación continua entre las impurezas y la muerte.

Pascual se exaltaba, y al adquirir conciencia de ello hizo un gesto de cólera y no habló más. Su madre había tomado el partido de llorar, derramando lágrimas pequeñas, forzadas, que se secaban en seguida. Insistía sobre los temores que amargaban su vejez, y suplicaba á Pascual que hiciese las paces con Dios, al menos por consideración á la familia. ¿No daba ella ejemplo de valor? Plassans entero, el barrio de Saint-Marx, el antiguo barrio y la parte nueva del pueblo, ¿no rendían homenaje á su noble actitud? Ella sólo pedía que la ayudasen, exigiendo de todos sus hijos un esfuerzo semejante al suyo. Citaba el ejemplo de Eugenio, el grande hombre, caído de tan alto, y que se resignaba á no ser más que un simple diputado, defensor siempre, hasta exhalar el último suspiro, del régimen vencido, de cuya gloria él había participado.

También prodigaba elogios á Aristides, que jamás desesperaba, y que bajo el régimen nuevo reconquistaba una elevada posi-

ción, á pesar de la catástrofe injusta que lo había enterrado entre los escombros de la "Unión universal". Y él, Pascual, ¿permanecería solo, cruzado de brazos; no haría nada para que ella muriese en paz, con la alegría del triunfo final de los Rougon? ¡El, que era tan inteligente, tan sensible, tan bueno! ¡Vamos, imposible! Su hijo iría seguramente á misa el próximo domingo y quemaría sus perversos papelotes, cuyo solo recuerdo la ponía enferma. La anciana suplicó, exigió, amenazó. Pero Pascual no respondía nada, tranquilo, inmovible, en su actitud de respetuosa deferencia. No quería discutir: conocía demasiado á su madre para esperar convencerla y para osar discutir con ella acerca del pasado.

—En fin—exclamó la señora de Rougon cuando notó su entereza;—tú no eres de los nuestros; siempre lo he dicho. Nos deshonras.

Pascual se inclinó.

—Madre mía, reflexione V., y me perdonará.

Aquel día, doña Felicidad se marchó fuera de sí; y al encontrarse á la puerta de la casa, delante del bosque de plátanos, á Martina, se expansionó con ella sin saber

que Pascual, que acababa de entrar en su alcoba, cuyas ventanas tenía abiertas, lo oía todo. Doña Felicidad expresó su resentimiento: juró conseguir, á pesar de todo, apoderarse de los papeles y destruirlos, puesto que Pascual no quería hacerlo de bueno á bueno.

Lo que dejó helado á Pascual fué la manera que tuvo Martina de callar á la señora de Rougon, en voz sigilosa. Estaba visto: la criada era cómplice, y decía que importaba poco esperar, no precipitarse, que la señorita y ella habían jurado concluir con el doctor, no dejándole ni un momento de paz. Estaban juramentadas; le reconciliarían con Dios, porque no era posible que hombre tan bueno como el señor no tuviese religión alguna; y las voces de las dos mujeres se apagaron, convirtiéndose en un cuchicheo, un ahogado murmullo de compadrazgo y complot, del cual no oía el doctor sino palabras sueltas, órdenes dadas, medidas adoptadas, un plan en toda regla contra su libertad personal. Cuando partió su madre, Pascual la vió alejarse muy satisfecha, con su paso ligero y su talle delgado, hecha una muchacha.

Fué aquella hora de desfallecimiento y

desesperación absoluta. El doctor se había dejado caer en una silla, y preguntábase de qué le servía luchar, puesto que sus únicos cariños se aliaban en contra de él. ¡Aquella Martina, capaz de arrojarse al fuego á una sola palabra suya, y que le hacía traición creyendo trabajar por su bien! ¡Y Clotilde, ligada á la sirvienta, conspirando en los rincones y buscando su ayuda para tenderle á él lazos! Sentíase ahora muy solo: no había alrededor suyo más que traición; le envenenaban hasta el aire. No obstante, como Clotilde y Martina le querían, tal vez hubiese conseguido ablandarlas al fin; pero desde que sabía que su madre las impulsaba, explicábase su encarnizamiento, y no esperaba lograr atraerlas.

En su timidez de hombre que había vivido para el estudio, apartado de las mujeres, á pesar de su pasión, la idea de que eran tres á odiarlo, á imponerle su voluntad, le aniquilaba.

Siempre sentía enderredor á una de ellas; cuando se encerraba en su habitación, las adivinaba detrás de la pared; le obsesionaban, le inspiraban el temor continuo de que le robarían hasta el pensamiento, si pudiesen verlo en el fondo del cráneo antes de formularse.

Fué ésta, ciertamente, la época de la vida en que el doctor Pascual se juzgó más desgraciado. El continuo estado de defensa en que se veía obligado á vivir le quebrantaba, y parecía que el suelo de su hogar se hundía bajo sus pasos. Pascual advirtió entonces con gran claridad la tristeza de no haberse casado y de no tener un hijo. ¿Era que había tenido miedo á la vida? ¿Sería castigo á su egoísmo? El deseo del hijo le angustiaba á ratos, y sus ojos se humedecían cuando en sus paseos encontraba niñas de ojos claros que le miraban risueñas.

Verdad es que tenía allí á Clotilde; pero la ternura que ésta le inspiraba era distinta, muy tormentosa, en vez de la ternura tranquila infinitamente dulce, la ternura del niño, en la cual deseaba sumergir su herido corazón. Además, lo que el quería, sintiendo aproximarse el fin de su ser, era la continuidad del yo, el niño que le siguiese y le perpetuase. Cuanto más sufría, más consuelo hubiera encontrado, dada la fe que le inspiraba, con legar á alguien su sufrimiento.

Creíase exento de los defectos fisiológicos de la familia; pero ni el pensamiento de que la herencia salta á veces una generación, y que en un hijo suyo podían remanecer los

vicios de sus abuelos, le detenía; y este hijo futuro, á pesar del antiguo tronco podrido, á pesar de la larga serie de ascendientes execrables, lo deseaba Pascual, como se desea la suerte inesperada, la dicha rara, la fortuna repentina, que consuela y enriquece para siempre. En medio de la conmoción de sus demás afectos, su corazón sangraba, porque era *demasiado tarde*.

Cierta pesada noche de fines de Setiembre, Pascual no pudo dormir. Abrió una de las ventanas de su cuarto: el cielo estaba negro; alguna tormenta debía rugir en lontananza, pues se oía continuo retumbar de truenos. Apenas vislumbraba Pascual la masa sombría de los plátanos, que la claridad de los relámpagos hacía surgir breves instantes de las tinieblas, dándole un tinte verde oscuro.

Tenía el alma embargada por angustia terrible: recordaba sus últimos días malos, llenos de disgustos; la tortura de la traición y la sospecha, que iba aumentando... cuando de pronto un recuerdo agudo le hizo estremecerse. En su temor de ser engañado, había concluido por llevar siempre consigo la llave del armario grande. Pero aquella tarde, abrumado por el calor, se había quitado

la chaqueta, y recordaba haber visto á Clotilde cogerla y colgarla en la percha de la sala. Se apoderó de él terror repentino. Si la joven había notado que estaba en el bolsillo la llave, era seguro que la habría cogido. Corrió, palpó la chaqueta que acababa de dejar encima de una silla. La llave faltaba. En aquel momento tuvo la sensación clara de que le estaban robando.

Dieron las dos de la mañana; y sin vestirse, en calzoncillos, con los pies desnudos metidos en las zapatillas, y el pecho sólo abrigado con la camisa de dormir, empujó violentamente la puerta, y penetró en la sala candelero en mano.

—¡Ah, ya lo sabía!—gritó.—¡Ladrona!
¡Asesina!

Era verdad. Clotilde estaba allí, sin vestir como él, con los pies desnudos metidos en sus babuchas de tela, las piernas al aire, los brazos desnudos así como los hombros, cubierta apenas con una corta chambra y la camisa. Por prudencia no había llevado bujía; se había contentado con abrir las persianas de una ventana, y la tempestad que pasaba frontera á la parte del Mediodía, en el cielo tenebroso, la enviaba relámpagos que bastaban para ver los objetos, bañados en una

fosforecencia lívida. El antiguo armario, de grandes hojas, aparecía abierto. Clotilde había desocupado el estante superior, bajando los legajos á brazadas, arrojándolos en la gran mesa que ocupaba el centro de la sala amontonados confusamente. Y febril, recelando no tener tiempo para quemarlos, se ocupaba en hacer paquetes con la idea de esconderlos y enviarlos en seguida á su abuela, cuando la repentina claridad de la bujía, iluminándolo todo, la dejó inmóvil, en actitud de sorpresa y de lucha.

— ¡Me robas y me asesinas! — repitió fríamente Pascual.

Entre sus brazos desnudos tenía aún Clotilde uno de los legajos. El quiso quitársele. Pero la joven lo apretó con toda su fuerza, obstinada en la obra de destrucción, sin temblar, sin arrepentirse, como un combatiente que tiene la razón de su parte. Entonces él, ciego, loco, la acometió, y lucharon. Pascual la sujetaba lastimándola en las carnes desnudas.

— ¡Mátamel! — tartamudeó Clotilde. — ¡Mátame, ó lo rompo todo!

Pero él la contenía, apretándola de un modo tan rudo que no la dejaba respirar.

— ¡Cuando una niña roba, se la castiga!

Aparecieron algunas gotas de sangre cerca del sobaco de Clotilde, deslizándose por sus hombros redondos, cuya sedosa y delicada piel aparecía lastimada por un rasguño.

Por un momento, el doctor la sintió tan jadeante, tan divina con el desarrollo fino de su cuerpo virginal, con las piernas correctamente modeladas, los brazos delicados, el torso delgado, de pechos menudos y duros, que la soltó. Merced á un último esfuerzo, le había arrancado el legajo.

— Tú misma vas á ayudarme á colocarlo allá arriba, ¡ira de Dios! Ven acá, comienza por ordenarlós en la mesa... Obedece, ¿oyes?

— ¡Sí, maestro!

Clotilde se acercó á él, y le ayudó, dominada, vencida por aquel abrazo varonil que parecía haber penetrado en su carne. La bujía, ardiendo con una llama prolongada en la oscuridad tempestuosa, les iluminaba; y á lo lejos, el retumbar del trueno no cesaba, y la ventana, abierta cara á la tempestad, parecía arder.